

Economía y geopolítica en 2018

Federico Steinberg y
José Pablo Martínez

A pesar de los malos augurios, 2017 fue un año con pocos sobresaltos económicos. Ninguno de los riesgos que acechaban a la economía mundial se materializó. Donald Trump no llevó a cabo sus promesas electorales más polémicas, la economía china mantuvo su crecimiento, el Brexit no desmembró la Unión Europea y las propuestas populistas sufrieron importantes reveses electorales en la zona euro. En este contexto, se produjo una aceleración sincronizada del crecimiento económico en la mayoría de los países y un espectacular aumento de las bolsas, sobre todo en Estados Unidos. Para los más optimistas se confirmaba que por fin habíamos dejado atrás la resaca de la Gran Recesión que siguió a la crisis financiera global. Si esta dinámica se mantiene, si el comercio internacional y la reducción de deuda siguen avanzando y si los salarios y la inflación repuntan, 2018 podría ser el año en el que podamos desterrar definitivamente la temida hipótesis del “estancamiento secular”, que tanto viene preocupando a economistas y políticos en los últimos años.

Sin embargo, las cosas no tienen por qué salir bien. Lejos de desaparecer, la mayoría de los riesgos apuntados arriba, permanecen latentes. Y, además, hay nuevos focos de tensión. Estados Unidos no va a destruir el orden económico liberal, pero ha dejado de liderarlo y continuará socavando las débiles estructuras de la gobernanza económica global. Los temores al populismo en Alemania y Francia dejarán paso a los de Italia, Corea del Norte continuará siendo el principal riesgo geopolítico mundial, la tensión en Oriente Próximo volverá a crecer y América Latina tendrá que sortear un complejo ciclo electoral.

Tras varios años revisando sus perspectivas a la baja, el FMI hizo en 2017 una importante revisión al alza del crecimiento mundial. Estados Unidos ha alcanzado el pleno empleo y su reforma fiscal acelerará la actividad, las economías europeas siguen mostrándose inmunes a las incertidumbres políticas, Japón empieza a recoger algunos frutos de la estrategia *Abenomics*, China maneja eficazmente la transformación de su modelo productivo, India continúa creciendo a gran velocidad, y tanto Rusia como Brasil logran salir de las intensas recesiones sufridas los años anteriores. En definitiva, asistimos a un crecimiento mundial sincronizado no visto desde antes de la crisis de 2008. En este contexto, el precio de las materias primas, en especial del petróleo, vuelve a subir y el comercio internacional vuelve a mostrar crecimientos por encima del 3,5% tras varios años de estancamiento. Solo la todavía baja inflación impide decir categóricamente que hayamos en-

La economía mundial crece con un ritmo que no se había visto desde 2008. Sin embargo, hay amenazas que pueden frenar las buenas perspectivas como el pulso nuclear que mantiene EEUU con Corea del Norte, la salida de Reino Unido de la UE o el terrorismo islámico.



El presidente de Estados Unidos, Donald Trump.



La primera ministra británica, Theresa May.



El presidente chino, Xi Jinping.

trado en un nuevo círculo virtuoso de crecimiento. De hecho, aunque la calidad del empleo que se está creando durante este ciclo alcista sea en muchos casos deficiente, lo cierto es que los niveles de actividad y empleo se acercan ya a los que había antes de la crisis y en muchos mercados, desde los inmobiliarios hasta el *bitcoin*, podrían estar apareciendo burbujas debido a la abundancia del crédito.

Riesgos geopolíticos

En cualquier caso, el crecimiento no está exento de riesgos. De hecho, para analistas como Ian Bremer, presidente de la consultora de riesgo político Eurasia, entramos en el año de mayores riesgos geopolíticos globales en mucho tiempo. Aunque su provocadora afirmación sea exagerada, no cabe duda de que hay demasiados focos de incertidumbre que podrían generar crisis, aunque el único (de los anticipables) que tendría un impacto sistémico sobre la economía mundial sería el improbable enfrentamiento militar entre Estados Unidos y Corea del Norte.

El principal riesgo proviene de las erráticas e impredecibles políticas de Trump. En su primer año, el presidente de Estados Unidos no ha llevado a cabo sus principales amenazas en materia comercial o de seguridad, pero sí ha aprobado una reforma fis-

EEUU ha dejado de liderar el orden económico liberal, mientras socava el 'statu quo' internacional

El pulso nuclear de Corea del Norte ha elevado la tensión en Oriente a un nivel sin precedentes

China está aprovechando el declive exterior de Washington para ganar influencia mundial

cal que supondrá un recorte generalizado de impuestos y un aumento de la desigualdad. Más allá de que este estímulo pueda impulsar el crecimiento a corto plazo, lo más probable es que aumente la deuda pública y la inflación, forzando a la Reserva Federal a elevar con mayor ímpetu los tipos de interés. Esto plantearía ciertos riesgos para los mercados financieros internacionales ya que podría apreciar rápidamente el dólar y generar una salida de capitales de los países emergentes.

En política internacional todo indica que la Administración Trump

ha desechado dos de las promesas electorales que suponían una mayor amenaza a la estabilidad económica mundial: ni sacará a Estados Unidos de la Organización Mundial del Comercio (OMC), ni parece que por el momento vaya a iniciar una guerra comercial con China (tampoco ha derogado el NAFTA, aunque lo está renegociando). Así pues, ya sea por el poderoso sistema de contrapesos institucionales estadounidense, por la influencia de las empresas multinacionales (que al fin habrían conseguido que su voz se escuche en la Casa Blanca), por la sustitución de los asesores más radicales por otros más moderados, por la celebración de las elecciones legislativas el próximo noviembre, o simplemente por su incapacidad; cada vez parece menos probable que Trump vaya a empujar a Estados Unidos fuera del orden liberal y abierto sobre el que se ha sostenido el crecimiento y desarrollo global de las últimas décadas. Sin embargo, sí que parece claro que el país tendrá una posición cada vez más aislacionista, que no será un socio amable y cooperativo para los demás países occidentales y que irá introduciendo medidas graduales que dificultarán la gobernanza económica global. Entre éstas destacan su retirada del Acuerdo de París sobre Cambio Climático y del acuerdo co-

mercial Transpacífico, su negativa a rellenar las vacantes en el organismo de resolución de conflictos de la OMC (lo que podría paralizar su funcionamiento), el recorte en los fondos destinados a Naciones Unidas, o su salida de la UNESCO. Esta última decisión, justificada por el supuesto sesgo anti israelí de la organización, junto a otras como la negativa a certificar el pacto nuclear con Irán o el traslado de la embajada estadounidense en Israel a Jerusalén, podría llegar a inhabilitar el ya deteriorado papel de Estados Unidos como mediador en Oriente Próximo, en un contexto en el que el *Daesh* está prácticamente derrotado militarmente y en el que Arabia Saudí e Irán se disputarán abiertamente el liderazgo en la región.

En el otro extremo del continente asiático el principal foco de inestabilidad se situará en Corea del Norte. Tras un año en el que las constantes (y exitosas) pruebas nucleares y balísticas por parte del régimen de Pyongyang han elevado la tensión en la zona a un nivel sin precedentes, el primer ministro japonés Shinzo Abe ha planteado incluso la reforma de la Constitución para dar cabida a la existencia de un ejército convencional. En este sentido, el mayor temor de cara a 2018, año en el que la ciudad surcoreana de Pyeongchang acogerá